

# NADIE y YO

Sentía el peso del mundo en mi alma, sentía dolor y me encontraba perdido en un universo de dudas. Lo único que escuchaba era el sonido intermitente e indiferente de mi corazón. No recordaba nada, solo el golpe. Abrí los ojos, pero no podía, era como si me los hubieran cosido y estuviera encerrado en un cuarto sin luz, sin color. Rápidamente mis otros sentidos se activaron y pude oler el típico olor de una consulta, a desinfectante.

Momentos más tarde, oí un pequeño portazo y sin pensarlo, pregunté; en qué día, o tal vez, en qué año me encuentro. ¿Qué me había ocurrido? Una voz aguda y acogedora pronunció las palabras más dolorosas que nunca hubiera querido escuchar en toda mi vida.

Me narró con pelos y señales el accidente en el que mis padres habían fallecido, y en el que yo había perdido la vista y tres años de mi vida, los que estuve en coma. En ese momento me derrumbé, solo con pensar en que no volvería a ver a mis padres, ni volvería a ver la hermosa naturaleza; me sentí solo, apagado, oscuro y ciego.

De repente la enfermera me comunicó que ahora viviría con mi abuela materna, Matilde, y que se me había asignado un perro guía para acompañarme en mi nueva, pero oscura vida.

¿Un perro?

Un día, después de llegar del infierno “escolar”, en el que siempre se metían conmigo y me escondían la mochila; lo único que me apetecía hacer era ir a pasear con Nadie, mi perro guía.

Él siempre me escuchaba y nunca me dejaba solo (aún no lo ha hecho). Él era el único que me quería por cómo era, y también había sufrido mucho desde que nació; tanto como yo. Eso me recuerda que también debería contaros su historia.

Hace cuatro años en un descampado abandonado, usado como vertedero, una madre de Golden Retriever de pedigrí, que había sido abandonada, dio a luz a cuatro cachorritos dorados como un

atardecer y a un cachorro oscuro como el silencio de la noche; con unos ojos azules de diamante constelados en el cielo.

Sus hermanos le despreciaban, pensaban que era un intruso, un indeseado, alguien diferente; pero solo estaban celosos. Por eso, un día de lluvia y viento, Nadie abandonó a su familia, para hacerse un hueco en el mundo.

Para su suerte, un camión de la ONCE, recogió a Nadie y lo alojó en sus instalaciones. Con el tiempo observaron que su gran capacidad de orientación, supervivencia y valentía eran excelentes, y decidieron entrenarlo para ser un magnífico lazarillo, que ayudaría a personas como yo.

Desde entonces, siempre estuvimos juntos en las alegrías y adversidades, siempre nos ayudábamos y completábamos el vacío causado por el sufrimiento y la soledad con nuestra compañía. Para mí, era todo lo que tenía.

Durante los siguientes veinte años, cuando yo ya había terminado todos mis estudios; con el dinero que mis padres me habían dejado más lo que yo tenía ahorrado, decidí viajar por el mundo entero con Nadie, para poder cumplir mi sueño, aunque ahora de una forma distinta.

Conocí a mucha gente, muchos gustos; como el de las especias, el de la comida nueva, incluso el del amor y el del beso. También muchos olores; como el de las flores exóticas, el del aire puro, y tantas otras difíciles de explicar.

Fue una experiencia mágica, que nunca olvidaría, y que Nadie me ayudó a vivir, porque él fue quien me apoyó en todo momento y el que me enseñó a perseguir mis metas y a realizar mis sueños.

Tenía yo treinta y dos años, cuando contraí una penosa enfermedad y tuve que guardar reposo durante unos meses. En todo ese tiempo, yo leía en voz alta, poemas de poetas ya fallecidos, para que Nadie también lo escuchara. Cuando se emocionaba, le oía sollozar encima de las sábanas y cuando la historia le gustaba ladraba apasionadamente, aunque no como antes.

Nadie era bastante viejo y me dolía reconocer que estaba casi en su lecho de muerte. Cada día parecía más cansado, pero él resistía hasta el final para estar conmigo y que no me pasara nada.

La madrugada de un día de lluvia y viento, Nadie no despertó, solo dormía profundamente pero ahora para siempre. Yo le movía, esperando una respuesta o algún mordisco molesto pero no las hubo. En ese momento, las lágrimas abrieron mis ojos dormidos durante muchos años y me dejaron observar a un hermoso perro oscuro como el carbón que relucía en el apagado cuarto.

Él había muerto y yo me volví a sentir solo como cuando perdí todo lo que tenía. La vida me volvió a dar la espalda, y ese día no comí, no bebí, no hablé, no sentí, no sonreí, no lloré, no me moví; solo me quedé vacío.

Esa noche inicié un largo viaje en busca de Nadie, no soportaba la idea de estar sin él. Al final, la luz me alumbró el túnel, me encontré con mis padres y otros seres queridos, y allí estaba Nadie, sonriendo.

Una cosa que sí aprendí en mi antigua vida, fue que la amistad es eterna, no puede ser destruida, y está por encima de todo. Y que si la vida te da mil palizas, siempre habrá alguien allí que sufrirá, llorará y sonreirá por ti.

Nadie, te quiero.

Teresa Rodríguez Muñoz S3A  
Concurso Fundación Caja Canarias, Cuentos Infantiles 2014.